

Medias miradas. Un análisis cultural de la imagen femenina

Enrique Gil Calvo

Ed. Anagrama, 2000

El estudio de las relaciones sociales entre géneros tiene que pasar por el análisis de las imágenes sociales que se construyen como «adecuadas» para entrar en ellas; más aún cuando estas imágenes *exigidas* están segregadas por género y parecen cambiar para cada época recogiendo las contradicciones y mandatos de las sociedades en que se generan. *Medias miradas* es un acercamiento al tema en el que las medias, como producto de acicalamiento de uso exclusivo de las mujeres, sirven a Enrique Gil Calvo como punto de partida para reflexionar sobre las imágenes que en nuestras culturas designan lo femenino y las formas en que las mujeres las adoptan.

Continuando con la preocupación por los cambios en las posiciones y posibilidades de emancipación de las mujeres en los últimos años, línea que ya en *La mujer cuarteada* (Anagrama, 1991) abordó, y recogiendo la influencia de los *cultural studies* anglosajones; el autor desarrolla un *análisis cultural de la imagen femenina*, en la que las medias son un elemento de referencia y lo que interesa es entender e investigar el conjunto de las representaciones de la feminidad al completo.

Las medias, para Gil Calvo, son frontera y segunda piel, las medias sirven para ocultar a medias y para ser miradas a medias, las medias, en definitiva, hablan de una forma de relacionarse con el entorno de aquellas mujeres que las llevan. Así, en las medias y su uso ve la representación de un «tri-

buto imaginario que debe pagar la mujer para poder acceder al mercado público de relaciones sociales que aparece objetivamente dominado por los varones» (p. 18). Esta es la hipótesis de partida de este ensayo que se preocupa por la imagen de la feminidad y las consecuencias de su asunción a través de cuatro partes: una primera que se centra en acotar el campo de análisis (el campo de la representación de la imagen de la feminidad) y tres más que responden a los tres niveles analíticos de la semiótica (sintáctico, semántico y pragmático).

El campo de la feminidad que se presenta en la introducción de su ensayo, queda engendrado para el autor por tres ejes: el del atractivo sexual, el del modo de arreglarse y el de la expresión de la identidad. Aparecen así tres parámetros que metaforiza con la imagen de las que denomina las «tres gracias»: tres diosas griegas (Afrodita –la *puta*–, Hera –la *madre*– y Palas Atenea –la *virgen*–) que acotan en un Delta de *Venus* las posibilidades del «ser mujer». Aparecen de este modo tres cuerpos de mujer, tres imágenes con las que las mujeres de nuestra sociedad, según Gil Calvo, tendrán que jugar para poder satisfacer las demandas sexistas de los varones, conseguir el reconocimiento de las demás mujeres y expresar la propia identidad a la vez que son *admitidas* en el mundo de las relaciones sociales adultas.

El problema que mueve el interés del análisis de Gil Calvo es el por qué las mujeres se pliegan a esta estrategia a la hora de definir su imagen y, sobre todo, el por qué lo hacen pensando que así expresan *libremente* su más íntima identidad. A partir de aquí el ensayo se dividirá en tres capítulos que desde diferentes niveles intentarán abordar esta pregunta.

En el primero de ellos, el análisis sintáctico de las imágenes de las tres gracias, se aborda el problema de qué es lo que la imagen que adopta una mujer está cartografiando sobre ella y su posición en la estructura social. Gil Calvo no se detiene en las formas específicas que estas imágenes de la feminidad adquieren en una sociedad determinada (labor que igual sobrepasa las intenciones de un ensayo de estas características pero que serviría para explicitar muchas de las problemáticas que aquí se abordan), prefiere hacerlo en su estructura formal que considera por encima de las reglas coyunturales.

Por medio del análisis de las fronteras que definen cada una de las gracias, análisis que el autor aborda desde la hipótesis de Mary Douglas de tres espacios de significación y analizando diferentes prendas de la indumentaria femenina, llegamos a ver el papel central y mediador que la joven y andrógina Palas ocupa en nuestra cultura. Afrodita es madura y libre, pero impura; en cambio Hera, aunque pura y también madura, no es libre; queda Palas Atenea que

consigue ser pura y libre a cambio de su inmadurez. Así explica el autor que la joven diosa sea la que ocupa el vértice inferior del delta: lugar privilegiado que se convierte en el punto intermedio al que toda mujer quiere acceder, haciendo de la juventud un valor central en nuestras sociedades.

Gil Calvo hace aquí su apuesta al exponer que no hay que confundirse con las promesas de los dictados de la moda de «*liberación transgresora*» y que no aportan más que «*renovación purificadora*» al intentar actualizar los símbolos de la juventud (con la consiguiente ambigüedad que han de sufrir unas mujeres que son adultas y responsables pero se quieren mostrar como jóvenes): lo ideal es cambiar la imagen mediadora y pensar en un punto intermedio entre las tres gracias que permita pensar la feminidad definida en términos de madurez, libertad y pureza; frente a la imagen de Palas, la de una Eva Futura que conserve los parabienes de Atenea sin por ello renunciar a presentarse como madura y responsable; modelo que Gil Calvo sitúa en el corazón del *delta* que los tres ejes generan.

Entra en segundo lugar en el análisis semántico de las representaciones de la feminidad. Se pregunta aquí por el qué quieren decir las mujeres con la imagen que muestran e intenta sondear los estilos mentales que hay detrás. Parafraseando a Lévi-Strauss (y sus alimentos *buenos para pensar*) Gil Calvo se acerca a la imagen femenina como la «*imagen buena para pensar*» y siguiendo el análisis de Mary Douglas del ritual plantea que, sabiéndose miradas, las mujeres, en el momento en que la secularización llega al ritual convirtiéndolo en norma de observancia subjetiva lo que antes se mantenía desde una autoridad externa, han de hacerse cargo de la no inocencia de su imagen que ha de ser «*pensada para mirar*», pues es «*mirada para pensar*» por los varones.

De este modo, las mujeres se tienen que hacer responsables de su imagen en un proceso histórico que se inicia en el Antiguo Régimen y que llega a nuestros días: las mujeres de la corte tienen que mostrar su feminidad a los ojos del Rey (verdadero baluarte de la norma), pero las victorianas tienen que interiorizar esta vigilancia, apareciendo una concepción dual de su imagen (la mujer frente al espejo contrapone la imagen real con la ficticia que crea por medio del maqueo, pero esta imagen creada ha de ser, a su vez, la portadora de su verdadera identidad); y será esta relación con su imagen la que hoy, en este nuevo cambio de siglo, las mujeres occidentales mantengan tras la democratización del modelo en las últimas décadas.

Aún hay otro factor importante para entender la semántica de la imagen femenina en la actualidad. Se trata de su estructura espectacular que Gil Calvo

analiza desde las similitudes y diferencias con las formas que según Norbert Elías adopta el deporte al convertirse en espectáculo. Así, especular y espectacular, escindida en dos, cuerpo político y cuerpo natural, la imagen femenina puede funcionar con interfaces sociales: biombos de participación (si adoptamos la terminología de Goffman que prefiere Gil Calvo) que la hacen jugar con lo que muestra y con lo que esconde, abriendo suturas donde en otras ocasiones se ponen fronteras. Ahora bien, el campo de batalla, el biombo que posibilita jugar con las fronteras, no es un elemento gratuito; Gil Calvo sabe que «*lo que está en juego cuando se actúa en tierra de nadie es la propia identidad*» (p. 210), y para entrar a sopesar este peligro es necesario dar un paso más.

Queda este paso para la pragmática: «*el estudio de los efectos que los signos ejercen sobre los usuarios*» (p. 213). Partiendo del interrogante de por qué y para qué las mujeres adoptan esta imagen, aventura una respuesta desde un análisis de los efectos de las acciones que, apoyándose en los *cultural studies*, le lleva a plantear que se trata de una estrategia de emancipación en que resistencia y control interactúan de forma compleja haciendo aparecer un modelo de resistencia a través del ritual.

La imagen femenina al definirse desde lo ritual permite ser utilizada como biombo de participación, como elemento reversible y graduable. Y esto es así por las propias características del rito: elemento cultural liminar que encierran en su interior el poder de transgresión del orden como el de su conservación. Ahora bien, Gil Calvo señala que el ritual tiene como función principal la exposición explícita de las fronteras socialmente definidas; y las mujeres al convertir su imagen en ritual, se están convirtiendo en puntos visibles de las fronteras sociales.

A partir de aquí, y después de un análisis detenido de los parámetros rituales de la imagen femenina, se pregunta por las diferentes estrategias que varones y mujeres asumen como válidas. El enlace matrimonial es el rito en que ambos géneros se cruzan, y en su análisis podemos apreciar las diferentes disposiciones de unos y otras; en ellas Gil Calvo reconoce una estrategia hipergámica femenina (por nivel social y por edad) basada en la posición que su imagen establece: convertidas en eternas Ateneas, la juventud deseada condena a una desvirtuación de la madurez. Preparadas para enfrentarse de forma beneficiosa al ascenso social por medio del amor matrimonial, su irresponsabilidad ritual las imposibilita para competir en el mercado laboral.

Llegamos así a las conclusiones del ensayo que en cierto modo resultan poco resolutivas después de la cantidad de aspectos analizados y que el autor excusa por la imposibilidad de síntesis ante un tema tan amplio. En definitiva, frente a la imagen

ritual de la feminidad que ha expuesto, Gil Calvo alaba las posibilidades que para las relaciones sociales pueden abrir una serie de reglas establecidas (con su *plus* de gratificación) que define como recurso político capaz de aportar poder a unas mujeres que utilizan bombos de participación en su interacción; pero no quiere olvidar el doble precio a pagar: de un lado, la irresponsabilidad femenina que prescribe el ritual hace más difícil la competencia en el mercado laboral; del otro, esta estrategia ritual condena a una insufrible tensión emocional y psicológica al basarse en una identidad dividida en un yo que se muestra y un yo que se considera el auténtico pero se intenta ocultar en la relación social.

El recorrido de Enrique Gil Calvo por la imagen femenina es amplio, pero tras su lectura algunos aspectos se presentan como problemáticos y se puede pensar en abrir nuevas reflexiones que matizarían el trabajo de *Medias miradas*. Las relaciones que las medias, como objeto de consumo, tienen con el mercado y sus vehículos de comunicación no son atendidos en profundidad; pese a partir la reflexión de una serie de anuncios publicitarios, el mercado y su relación con las identidades no es un tema que se encare de forma directa. La lógica del mercado en las sociedades tardocapitalistas se convierte en lógica cultural y explicar cómo las relaciones de género se desarrollan en ella puede ayudar a entender nuevos matices de las formas en que las imágenes de la feminidad son tratadas.

Otro de los puntos por el que el análisis de Gil Calvo pudiera expandirse sería el abarcar la construcción de las identidades de aquellas mujeres que no entran dentro del *Delta de Venus* que él plantea. ¿Son posibles estrategias identitarias diferentes a las planteadas? ¿Podemos pensar que hay mujeres que no entran en él? ¿Estarán otras variables como la etnia o la clase social intercediendo con el peso específico de cada uno de los ejes o incluso haciendo que aparezca alguno nuevo? ¿Podemos seguir teorizando sobre *las mujeres* como si de un grupo homogéneo se tratase?

Pero volvamos a lo escrito por Enrique Gil Calvo en *Medias miradas* pues creo que su conclusión es, cuando menos, controvertida y me gustaría comentar algunos puntos de desacuerdo. Si atendemos a sus conclusiones la apuesta de Gil Calvo lo es por la medida: el justo medio, el equilibrio entre ritual y racionalidad que permita la emancipación responsable de las mujeres. El ritual es presentado como elemento «*aceptable, inofensivo y gratificante, pues procura placer, induce autoestima y genera relaciones sociales*» y desde él apuesta por la búsqueda del triángulo perdido, el que queda en el centro del delta de Venus, el que auna pureza, adultez y libertad. Si pudiera ser que ciertas posturas de

esas «*feministas represoras*» que el autor califica en un momento de su ensayo, pueden estar andando sobre la cuerda floja de la censura o el victicismo, no menos peligrosa, por su flagrante comedimiento, es la propuesta que en *Medias miradas* encontramos. Pasar las posibles salidas por el coqueteo con ritual y razón a la hora de crear la propia imagen no está más que responsabilizando a cada mujer del cambio necesario, convirtiendo el problema en algo individual.

Es más, por otra parte, la resolución encargada a cada mujer se hace imposible. La estrategia auto-identitaria que pretenda jugar con los ejes expuestos por Gil Calvo, es decir, la estrategia de buscar el centro del triángulo como salida por el justo medio, no podrá más que hacer del problema algo perenne. Jugar con el ritual no hará más que mantener vivas las fronteras que tan magistralmente ha expuesto y analizado. Aún teniendo fe en ese ser mitológico (mitad mujer, mitad diosa) que consiguiera ser pura, madura y libre a sus ojos, a los de las demás mujeres y a los de los varones; el conseguirlo como parte de una estrategia personal, no arreglaría nada: el problema lo es de definición social y la única manera de afrontarlo es desde la peligrosa implosión. Romper el triángulo que custodian las tres gracias es la única forma de aventurar nuevas formas de identidad que apuesten por la responsabilidad y la emancipación; pero esta ruptura, esta lucha con las fronteras establecidas nos sitúa, como bien plantea Gil Calvo, ante la posibilidad de perder el punto de anclaje del ritual. ¿Arriesgarlo todo sin la seguridad de conseguir un nuevo equilibrio más beneficioso para la construcción de la identidad femenina? Los riesgos son elevados, pero pensar el cambio conlleva encararlos y difícilmente se podrán mantener posturas en pro de la emancipación si las estrategias propuestas no pasan de lo individual y la certificación de la ambivalencia de las imágenes naturalizadas.

Ahora bien, son muchos los puntos y problemáticas que parecen reflejados en *Medias miradas*, y las opiniones, así como ciertos enfoques y perspectivas desde los que abordarlos, pueden, en algunos casos, parecer poco claras o, incluso, no ser compartidas por el lector; pero Gil Calvo tiene en este ensayo más de un acierto, y posiblemente, el principal sea el de dirigir el foco (con todos los problemas que aparecen cada vez que queremos *enfo-car*) hacia el tema de las identidades construidas desde las representaciones mediáticas en nuestras sociedades capitalistas de consumo de masas, donde lo identitario y lo mediático, con las imágenes que muestra, difícilmente puede separarse.

Antonio Agustín García García